

res no han enseñado nada que no hubiese sido ya dicho ántes. El dogma de la justificación por medio de la fe está ya admitido por los precursores de la reforma en el siglo xv en Inglaterra, Alemania y los Países Bajos. Las asociaciones religiosas opusieron á la religion exterior de Roma una religion interior, sostenida por la fe: el misticismo, que tiene tan profundas raíces en el genio alemán, preparó al pueblo para la reforma del catolicismo. Así se explican los progresos rápidos que hizo la Reforma en todas las clases de la sociedad. Sin esta larga preparacion, la revolucion sería inexplicable; sería un milagro, es decir, no hubiera tenido lugar.

¿Quiere esto decir que los reformadores del siglo xvi no tuvieron influencia en la revolucion á que dieron su nombre? No diremos que sin Lutero no hubiera habido Reforma; todo estaba preparado para una revolucion; si el monje sajón no la hubiera hecho, la hubiese hecho otro. La influencia de los hombres de genio no es tan grande como se supone; son la expresion del estado social en que viven, en el sentido de que, si hubieran aparecido en otra época, no hubieran ejercido accion alguna sobre la sociedad; su influencia es, pues, debida á las circunstancias históricas en medio de las cuales aparecen; estas circunstancias no las hacen ellos, las encuentran al nacer; son obra de la humanidad que se desarrolla por sus propias fuerzas, bajo la inspiracion de Dios. No son los grandes hombres los que hacen á la humanidad, sino la humanidad la que hace á los grandes hombres. Esto es cierto aún para los más grandes entre los grandes, los reveladores. San Agustín dice que Jesucristo no vino más pronto, porque su venida hubiera sido inútil, porque los espíritus no estaban aún dispuestos para recibir la *buena nueva* (1); era pues necesario que se preparasen mediante todo el trabajo de la antigüedad, para que la predicacion evangélica fuese posible. Esto mismo sucede con Lutero; si consiguió separar de la Santa Sede la mitad de la Europa cristiana, es porque vino en el momento en que la revolucion estaba madura. Sin embargo, al declarar á la humanidad superior á estos grandes hombres, no pretendemos rebajar tan ilustres individualidades.

(1) Véase el t. iv de mis *Estudios*.

Los grandes hombres son realmente los elegidos de Dios; son los agentes de sus designios y agentes libres: ésta es su gloria. Entre los más ilustres de estos elegidos se cuentan los que dan el pan de vida á la humanidad: despues de Jesucristo no los hay más grandes que los reformadores, porque han reanimado el sentimiento de la religion, sin la cual no hay vida.

N.º 2. — *La Reforma religiosa.*

I. — *Gérmenes de la Reforma.*

Se pregunta cómo ha podido nacer el pensamiento de una reforma religiosa en medio de una edad de fe. Respondemos que la necesidad de la Reforma ha nacido de los abusos y de los defectos inherentes al cristianismo. Hay un elemento supersticioso en las Sagradas Escrituras; es la señal de los tiempos en que han aparecido los profetas y Jesucristo. Ningun hombre, ni el más grande, elude el imperio de las circunstancias en medio de las cuales se desarrolla; de aquí la imperfeccion que más ó ménos vicia necesariamente todas las obras humanas. En vano los cristianos ponen su religion por encima de la esfera movible y agitada de las pasiones; las palabras mismas del que veneran como un Dios, prueban que participaba de los errores y preocupaciones de su época. Ábrase el Evangelio; á cada página se trata de ángeles y demonios; en cada página se encuentran sucesos imposibles; aquí un Dios que se encarna en el seno de una Virgen; allí Jesucristo y los Apóstoles, que resucitan muertos é imponen su voluntad á la naturaleza. La moral evangélica, por pura que sea, no está exenta de toda censura. Jesucristo cree en el próximo fin del mundo; ¿á qué, pues, cuidar de la vida? Es menester abandonar, despreciar el mundo, para no pensar más que en la salvacion: de aquí un espiritualismo excesivo que destruye las condiciones de la existencia, tal como Dios la ha hecho. Los ritos instituidos por Jesucristo son actos cuyo misticismo raya en supersticion; el bautismo nos abre el reino de los cielos; en una cena el Hijo de Dios da á comer á sus discípulos su propio cuerpo. En fin, al enviar

los Apóstoles á predicar la *buena nueva* á los hombres, Jesucristo les confiere el poder de atar y desatar, poder inconciliable con las leyes de la razon y que conduce á los más irritantes abusos.

Hay, pues, gérmenes de supersticion y de abusos en la predicacion misma de Jesucristo. Recuérdese ahora el medio en que se desarrolló el cristianismo: el mosaismo con sus prácticas legales, el paganismo con sus mil divinidades, el mundo germánico con su barbarie. Bajo la influencia de estas circunstancias, los elementos de verdad eterna que contiene la *buena nueva* tenian que borrarse ó desnaturalizarse; los elementos supersticiosos, las preocupaciones, los errores transitorios tenian que crecer y acabar por dominar. Esto es lo que sucedió. No debemos dejarnos engañar por la teología católica respecto del estado real de las creencias. En vano se habla de la concepcion metafísica de la Trinidad; la Edad Media no conoce más que un Dios, Jesucristo; y aún su poder es igualado por el de su madre, verdadera Diosa, y que se ha conservado como tal en la religion popular. Un Dios y una Diosa no son bastantes para pueblos niños; necesitan divinidades más accesibles, con las cuales puedan tratar de igual á igual. Los ángeles y los santos son los semidioses del catolicismo; la distincion que hacen los teólogos entre el culto de *dulia* y el culto de *latría* no ha sido comprendido nunca por las masas. Al lado de estos genios benéficos pone la Edad Media un ser maléfico que lucha con Dios, que interviene diariamente en los actos de la existencia de los hombres, que tiene sus adoradores y su culto. La religion práctica y la moral están á la altura de la teodicea. La adoracion de la Virgen y de los Santos es un verdadero fetiquismo; la misa y los sacramentos son ceremonias exteriores que obran *por arte de encantamento* como los magos, sin trasformar las costumbres; las obras materiales constituyen el ideal de la devocion. El culto de la Virgen y de los santos llega á ser un principio de desmoralizacion; el poder que la Iglesia se atribuye de abrir y cerrar las puertas del cielo por medio de sus indulgencias, convierte la penitencia en un cálculo y la salvacion en una operacion de banca.

Hé aquí, no el catolicismo teórico, sino las supersticiones y los abusos del catolicismo real; pudiera decirse, sin grande exagera-

cion, que la religion de la Edad Media, y por muchos conceptos la religion de nuestros tiempos, no es más que un paganismo bajo formas cristianas. El catolicismo no tenía ya nada comun con la religion interior de Jesucristo, con la fe predicada por San Pablo. Sin embargo, las enseñanzas de Cristo y de su gran Apóstol constaban en las Escrituras que en vano trataba el clero de ocultar á los ojos de los fieles. Era tal la oposicion entre la Iglesia material y la predicacion evangélica, que se hacía inevitable una reaccion contra el catolicismo. Estalló en cuanto comenzó á asentarse la sociedad trastornada por la invasion de los Bárbaros. Apenas se constituyó el feudalismo, surgieron sectas por todas partes; tenían rasgos comunes que hacen de las herejías como el alba de la Reforma: una viva reprobacion de la Iglesia romana, de la Babilonia moderna; un regreso hácia los tiempos evangélicos, una invocacion incesante de las Sagradas Escrituras. Se ha buscado el origen de las herejías en una tradicion más ó menos fabulosa; es inútil hacer esfuerzos de ciencia para descubrir su principio: han nacido naturalmente de una necesidad religiosa no satisfecha por el catolicismo. La Iglesia creyó ahogar á las herejías en sangre; pero la causa que las provocaba existia en todas partes y las hogueras eran impotentes; el fuego quedaba oculto bajo las cenizas de los mártires.

En los siglos XIV y XV aparecen los predecesores teológicos de la Reforma. Wiclef ataca todo el sistema de la Iglesia católica, y lo hace exagerando la gracia y la predestinacion, como más tarde lo hicieron los protestantes. Hus es un reformador más tímido; lo es por sus instintos, por sus tendencias, más bien que por la razon; pero sabe morir por su fe, y su hoguera enciende un incendio que amenaza propagarse por toda la Alemania. Al lado de estos nombres, que corren de boca en boca, hay pensadores, cuya existencia apenas es conocida por los protestantes del siglo XVI; sin embargo, ¡cosa notable! enseñaban los mismos dogmas que Lutero y Calvino. La ciencia alemana, al salvar su memoria del olvido, ha prestado un servicio considerable á la historia de la humanidad. Se ve por la vida y la doctrina de estos precursores desconocidos cómo se realizan las revoluciones; los grandes hombres que figuran en ellas no son los que las hacen; ponen su poderosa

individualidad al servicio de ideas elaboradas anteriormente por la conciencia general. Los más grandes revolucionarios no son los innovadores propiamente dichos; éstos se limitan de ordinario á formular los deseos de los pueblos, muchas veces exagerándolos: los verdaderos innovadores son esos hombres oscuros que se inspiran en los sentimientos de la humanidad y preparan en la sombra las creencias destinadas á servir un día de pan de vida al género humano. Tal es la historia de la Reforma; era anterior á Lutero; el monje sajón no hizo más que darle su nombre y prestarle su fuerza.

II.—La heterodoxia.

Hay mucha costumbre de pintar la Edad Media como una época de fe sencilla. Pero la fe sin mezcla de duda es más que un ideal, es una utopía; esta utopía no se realizará jamás, y dígame lo que se quiera, ménos aún puede realizarse bajo el cristianismo que en la religión del porvenir. La religión revelada reposa en un hecho falso y en una idea falsa, y el error no puede nunca ser aceptado por la universalidad del género humano; tal es la causa de las protestas que acompañan á la revelación cristiana desde su nacimiento, y que no le saltarán nunca mientras haya adoradores del Dios-Hombre. Se han producido en la Edad Media, bajo las formas más diversas: unas veces el sentimiento religioso se subleva contra la Iglesia dominante; otras la razón combate á la fe; á veces la incredulidad aparece en la filosofía, en la literatura y en las costumbres.

Las herejías de la Edad Media eran mucho más radicales que el protestantismo; aún las que se encerraban en los límites del cristianismo tradicional excedían con mucho á las tímidas reformas del siglo XVI; no dejaban subsistir nada en la Iglesia: ésta es la razón por la cual fracasaron, porque para triunfar las revoluciones tienen que aceptar lo pasado, aunque lo trasformen. Al lado de las sectas cristianas las había que no conservaban del cristianismo más que el nombre: ¿pueden llamarse cristianas las doctrinas que profesan el panteísmo? Un movimiento más notable tuvo lugar en la Edad Media, y son las persistentes aspiraciones á

una religión progresiva. *El Reinado del Espíritu Santo y el Evangelio Eterno*, indican por su nombre que estas tentativas están relacionadas con el cristianismo histórico; se pudiera, pues, creer que desde la Edad Media ha concebido la humanidad la idea del progreso en el dominio de la religión; pero esto sería dar una importancia que no tienen á los sueños apocalípticos; solamente revelan una necesidad del espíritu humano; son instintos, no una doctrina.

La escolástica pasa como enteramente cristiana. Verdad es que empezó por ser una dependencia de la teología, y aún éste fué aparentemente su papel durante toda la Edad Media. Al principio de la era feudal, *San Damian* declara que «la filosofía es la servidora de la teología, y que debe ir detrás de su señora, para evitar el peligro de un extravío que pudiera ocurrir, si se adelantase» (1). En la edad de oro de la escolástica, *Alberto el Grande* proclama á la teología la ciencia por excelencia. «Domina sobre todas las demás ciencias, dice; solamente ella posee la verdad, solamente ella es la sabiduría» (2). Tal es también en el siglo XV la opinión de *Gerson* (3). El altivo lenguaje de la teología ha engañado á los historiadores; han tomado sus pretensiones como una realidad. *Brucker* niega el nombre de filósofo á los escolásticos, porque desprovistos de toda libertad de espíritu, se pusieron al servicio de la corte de Roma é hicieron de la ciencia un instrumento de la dominación pontificia (4). Los escritores modernos abundan en este orden de ideas; dicen «que la escolástica no es más que el empleo de la filosofía como simple forma al servicio de la fe» (5). Sin embargo, esos mismos doctores, á quienes los filósofos rechazan como demasiado encadenados al dogma para conservar la independencia de la razón, son acusados por los reformadores y por los neocatólicos á la vez, por tener demasiado en

(1) DAMIANI, *Opusc. XXXVI*, 5. (*Op.*, t. III, p. 271.)

(2) ALBERTUS MAGNUS, *Summa theologiae*, *Tract. II*, *proem.* (*Op.*, t. XVII, p. 18.)

(3) «*Theologia scientias omnes alias subditas habet velut ancillas.*» (GERSON, *Op.*, t. I, p. 189.)

(4) BRUCKER, *Historia philosophiae*, t. III, p. 713, 724.

(5) TENNEMANN, *Geschichte der Philosophie*, t. VIII, p. 12.—COUSIN, *Curso de historia de la filosofía*, lección IX.

cuenta la razon. *Melanchthon* echa en cara á los escolásticos el no admitir más justicia que la de la razon, y el enseñar que el hombre puede amar á Dios sobre todas las cosas, sin el auxilio de la gracia; «¿para qué hace falta en este caso el cristianismo?» exclama el amigo de Lutero (1). *Schlegel* cree que la escolástica no es bastante cristiana, que se inclina demasiado hácia Aristóteles; en el fondo, dice, es racionalista (2).

Si tuviéramos que escoger entre estas dos opiniones, preferiríamos la última. La filosofía de la Edad Media, á pesar de su color ortodoxo, no deja de ser enemiga del cristianismo, y así debe ser, porque la filosofía no puede aceptar la revelación. La oposición está, pues, en la naturaleza de las cosas; puede ser latente por mucho tiempo, y aún ocultarse á aquellos que á un mismo tiempo se llaman creyentes y filósofos; pero acaba por estallar, y entónces el divorcio es eterno. En la Edad Media la ruptura no tuvo lugar de una manera ruidosa. La Iglesia, aunque hostil á la libertad de pensar, no condenó nunca á la filosofía como tal; en su prudencia se contentó con reprobar los errores de los filósofos. La filosofía por su parte, igualmente prudente, no atacó de frente á la religion. Empezó por ayudar á la teología á fabricar sus sistemas. Pero no es propio de la razon el servir de instrumento, ni propio de la esencia de una religion revelada el reconocer la independencia de la razon. La alianza de la religion y de la filosofía no podia, pues, subsistir. La escision tuvo lugar en el siglo XIV. La razon fué declarada incompetente en el terreno de la teología. Esto era más bien una separacion de cuerpos que un divorcio; pero la separacion por sí sola era una revolucion. Durante la Edad Media, la teología absorbía de tal modo á la filosofía que tenía subordinadas á todas las ciencias. En el siglo XIV la filosofía, al separarse de la teología, secularizó la ciencia; la razon recobró su independencia. En cuanto á la teología, declarada incompatible con la razon, ó superior á la razon, fué por esto mismo abandonada y perdió insensiblemente su autoridad.

(1) *Apologia de la Confesion de Augsburgo (de justificación)*, 61.

(2) J. SCHLEGEL, *Philosophie der Geschichte* (lec. XIV, t. XIV, p. 130); *Geschichte der Literatur* (lección X, t. II, p. 42-44).

La filosofía sostuvo ante la Iglesia el derecho del libre pensamiento: en esto consiste la gloria de la escolástica. ¿Dónde habia recibido este elemento de libertad, tan extraño al catolicismo? Era un legado de la antigüedad; algunos rayos de la filosofía griega que atravesaron las nubes de la barbarie feudal, bastaron para iluminar los espíritus é impedir la dominación absoluta del catolicismo. La influencia de Aristóteles interpretado por los árabes no fué solamente una influencia de iniciación; depositó en los ánimos gérmenes de doctrinas anticristianas que produjeron una oposición radical contra la ortodoxia católica. De aquí procede la corriente de incredulidad filosófica que empieza en el siglo XII y se prolonga hasta los tiempos modernos.

La incredulidad no data del siglo XVIII, sino de la Edad Media. No era la aberración de algunos filósofos; la incredulidad penetró en las costumbres, se reveló en la literatura popular, se manifestó bajo las formas de indiferencia y escepticismo. Esto es más fácil de explicar de lo que parece. Una religion que impone á la razon creencias que la razon no puede admitir, viene fatalmente á parar en la incredulidad. Los dos extremos se tocan. Cuanto más supersticioso era el catolicismo, más apasionada debia ser la reacción. La injuria más sangrienta que se ha dirigido á Cristo no procede de los libres pensadores; la Edad Media ha colocado al *Hijo de Dios* entre los impostores, juntamente con *Moisés* y *Mahoma*. La incredulidad no es un movimiento puramente negativo; cuando la razon se separa de toda religion, es porque las religiones positivas no la satisfacen. Pero la crítica, por amarga que sea, implica la aspiración á una religion más perfecta, y aún muchas veces contiene los elementos de una nueva creencia. Esto sucedió con el paganismo, que parecía iba á renacer en el siglo XV, juntamente con la literatura de la Grecia. Era una reacción excesiva contra el espiritualismo cristiano, el deseo instintivo de una religion que dé satisfacción á todas las necesidades de la humanidad; esta religion no podia ser la del siglo XVI; será la religion del porvenir.

III. — *La Reforma y la Edad Media.*

Así, hay dos movimientos en la Edad Media; el uno tiende á reformar el catolicismo, el otro va más allá del cristianismo y llega ya á la filosofía ó á una nueva religion, ya á la indiferencia y á la incredulidad. El movimiento reformador era legítimo. El catolicismo, por su tendencia á convertirlo todo en obras exteriores, comprometió hasta la existencia de la religion y la moralidad. Sin una reforma la cristiandad se hubiera enmohecido en una supersticion peor que el paganismo, porque el paganismo al ménos respetaba la libertad del espíritu humano, mientras que el catolicismo amenazaba destruirla. Pero, si importaba reformar la Iglesia, era igualmente necesario detener el movimiento anticristiano de las sectas, de la filosofía y de la incredulidad. No habian llegado aún los tiempos de una religion superior al cristianismo; los que aspiraban á ella no tenian más que vagos instintos; su caridad venía á parar en la abdicacion de la individualidad y en la comunidad universal; es decir, en la destruccion de la humanidad. La filosofía no tenía esas pretensiones extravagantes, pero presentaba otro peligro, el de debilitar el sentimiento religioso; no estaba en estado de preparar una nueva religion, y en realidad no pensaba en ello. Sin embargo, expresaba una necesidad legítima al reclamar la libertad de pensar. La incredulidad, como tendencia negativa, no podia prevalecer, porque el hombre no vive de negaciones, sino de fe.

Tales eran los elementos religiosos é intelectuales de la sociedad cristiana en el siglo XVI: una Iglesia corrompida y una religion degenerada; una filosofía incrédula y la indiferencia que se apoderaba de las masas. ¿Qué es lo que necesitaba la humanidad? Una regeneracion del sentimiento religioso que diera nuevas fuerzas al cristianismo, depurándolo y haciéndolo aceptable á la conciencia general. Tal fué la obra de la Reforma. De todas las acusaciones lanzadas por un ciego espíritu de partido contra los reformadores, la más injusta es la de haber debilitado las creencias religiosas. La mision de la Reforma era precisamente dar nuevo temple al

cristianismo; lo hizo exagerando con exceso el dogma de la gracia y de la predestinacion, despojando al hombre de la libertad de que tan mal uso hacía. Fué tan severa como la Iglesia ortodoxa con las sectas anticristianas de la Edad Media; rechazó la idea de un cristianismo progresivo y mantuvo firme é inquebrantable el principio de la revelacion. En cuanto á la filosofía, los reformadores le hicieron ruda guerra, por cuanto alteraba el sentimiento cristiano; la escolástica, aún la ortodoxa, tenía tendencias pelagianas que asustaban á los discípulos de San Pablo y San Agustín; les costaba trabajo el considerar como cristianos á hombres que comparaban la moral de Aristóteles con las Sagradas Escrituras. No hay necesidad de añadir que la incredulidad y la indiferencia eran para los reformadores el mayor de los crímenes; castigaban á los que se separaban de la doctrina evangélica con el mismo rigor que empleaban los católicos en reprimir á los enemigos de la Iglesia.

Como la Reforma tenía que combatir á la vez con una Iglesia corrompida y con tendencias anticristianas, su marcha estaba completamente trazada. Debía reformar conservando. Los reformadores fueron esencialmente conservadores. Bossuet confiesa que los protestantes manifestaron en un principio gran veneracion á la autoridad de la antigua Iglesia; pero les echó en cara esa moderacion como artificio para engañar á los fieles (1). El historiador de las *Variaciones* no ha visto que la conducta de los protestantes era más que una necesidad de su posicion; era una condicion de su existencia. Todas las revoluciones deben tener un principio conservador, un vínculo de union con el pasado; de lo contrario fracasan. Las sectas de la Edad Media no tuvieron éxito, porque eran demasiado avanzadas, demasiado revolucionarias. Las revoluciones radicales son imposibles, porque su resultado sería la destruccion de la vida. El cristianismo ha debido aceptar el pasado; el protestantismo ha debido igualmente aceptarlo; solamente con esta condicion puede realizarse el progreso. Pero la Reforma tenía este carácter conservador más que cualquiera otra revolu-

(1) BOSSUET, *Historia de las Variaciones*, libro III. (*Obras*, t. x, p. 112 y sig. Edic. de BESANÇON, 1840.)

ción, porque quería seguir siendo cristiana; rechazó como un crimen la idea de que pudiera haber una religión más perfecta que la creencia evangélica, revelada por el Hijo de Dios; no se proponía más que un objeto, el de reanimar el sentimiento cristiano que languidecía bajo el imperio del catolicismo. La Reforma era, pues, conservadora por esencia. Es verdad que también tenía algo de revolucionario, pero hasta cierto punto lo ignoraba; la revolución estaba en las inconsecuencias de su doctrina. Por otra parte los reformadores no dieron satisfacción á todas las necesidades que se habían manifestado en la Edad Media. No consiguieron destruir el movimiento filosófico; lejos de esto, la filosofía encontró sus más nobles representantes en el seno del protestantismo, y la filosofía llevó á los protestantes al racionalismo, es decir, al abandono de la religión revelada. La Reforma no consiguió tampoco extirpar la incredulidad; la contuvo, pero no tuvo poder para destruirla (1), porque la incredulidad tenía su razón de ser en el elemento supersticioso del cristianismo, y los reformadores conservaron el germen de la superstición, manteniendo la revelación.

En definitiva, la Reforma fué una transición entre la religión de la Edad Media y la religión del porvenir: es al catolicismo lo que la monarquía constitucional es á la monarquía absoluta. La monarquía constitucional es un momento de descanso en la marcha demasiado precipitada hácia la libertad y la igualdad; la Reforma es otra detención en la marcha desordenada hácia la emancipación religiosa. Antes del establecimiento de las constituciones había lucha á muerte entre dos principios enemigos, la libertad y la monarquía; la monarquía representativa es un compromiso que satisface á la vez al elemento de progreso y al elemento de estabilidad. Esto mismo sucede con la Reforma. Las herejías de la Edad Media iban más allá de las legítimas necesidades de una revolución y comprometían la existencia del cristianismo. La Reforma se apropió las doctrinas heréticas compatibles con el Evangelio; rechazó las ideas revolucionarias y anticristianas. De esta manera satisfizo al sentimiento cristiano; satisfizo también á la nece-

(1) MELANCTON dice que todo el mundo aplaudió la Reforma, excepto los epicúreos obstinados. (SECKENDORF, *Histor. Lutheram.*, III, p. 439.)

sidad de libertad religiosa, emancipando las creencias del fango de la Iglesia. Pero la Reforma contenía un germen de disolución; los dos elementos que quería conciliar eran en el fondo contradictorios; la libertad de pensar quebrantará la Reforma de la misma manera que la Reforma quebrantó el catolicismo.

La Reforma no es pues, la última palabra de la humanidad, como no lo era el catolicismo. En vano se unen católicos y protestantes para negar la posibilidad de una religión no revelada. Las cosas han venido á tal estado, que es necesaria una religión nueva, un cristianismo progresivo, si se quiere que haya todavía una religión. En el seno de los países católicos, el sentimiento religioso ha ido debilitándose; la reacción, que hoy tiene lugar bajo la influencia de circunstancias transitorias, no puede engañar más que á los que tienen interés en no ver claro, porque las causas que han producido la incredulidad subsisten; la indiferencia en materia de religión, deplorada por un sacerdote elocuente, se oculta aún bajo esa apariencia de fervor religioso que se ostenta á nuestra vista. En los países protestantes el movimiento filosófico ha venido á parar en la negación de toda religión, en la negación de toda sociedad. Afortunadamente al lado de este materialismo el sentimiento religioso ha quedado vivo; conserva las formas cristianas, pero no tiene en realidad de cristiano más que el nombre. Los elementos de una nueva religión se preparan en las sectas avanzadas del protestantismo, en las asociaciones libres que se extienden por el antiguo y nuevo mundo. La filosofía contribuirá á ello, no la filosofía que mutila al hombre, negando el sentimiento religioso, sino la filosofía que atiende lo mismo al sentimiento religioso que á la razón.

N.º 3. — *La Reforma social.*

La Reforma ha emancipado al Estado y á la sociedad laica de la dominación de la Iglesia; pero tanto en el terreno social, cuanto en el terreno religioso, no ha innovado, no ha hecho más que continuar el movimiento de las ideas que habían nacido durante

la Edad Media. Hemos dicho en otra parte (1) como reobraron las naciones contra la dominacion del Pontificado. En el siglo XVI las nacionalidades están constituidas, y desde este momento la monarquía pontificia está rota: la Reforma viene á dar una consagracion religiosa á un hecho consumado. Otro tanto sucede con la emancipacion de la sociedad láica y del Estado. La idea del poder espiritual estaba arruinada ántes del advenimiento de la Reforma; se habia arruinado por sí misma, porque era falsa. La cristiandad ha visto funcionar durante siglos al pretendido poder espiritual; salvo algunas brillantes excepciones la realidad era todo lo opuesto al ideal. De todas las virtudes cristianas que los monjes debian practicar, no tenian más que la apariencia; pero la necesidad de conservar la apariencia de una perfeccion que no existia, les daba un vicio más, el más grande de todos, la hipocresía; esa lepra del alma, que pudiera llamarse monacal, si Jesucristo no la hubiera ya llamado farisáica. El celibato forzoso, que debia fundar un estado angélico, produjo en todas partes una corrupcion espantosa; la renuncia del mundo no hizo más que inflamar la ambicion de los frailes, y la abdicacion de la propiedad desarrolló una codicia desenfrenada. No acusamos á los hombres, acusamos al monaquismo; cuando una institucion viola las leyes de la naturaleza, tiene que producir monstruosidades. Al lado de la vida imposible de los monasterios, se desarrolló la vida real, la vida láica. La reaccion de la realidad contra la ficcion era inevitable, y la verdad debia triunfar. En el siglo XV la cristiandad sentia que hubiese frailes y reprobaba el celibato. Bastó que Lutero dejase oír su voz, para que cayesen los conventos juntamente con el celibato forzoso.

Si la idea del poder espiritual es falsa, la dominacion de la Iglesia, que de ella se deduce, es falsa también; es una usurpacion de la verdadera soberanía que reside en las naciones. No nos admiremos, pues, si á pesar de la fe ciega de la Edad Media ha habido reaccion creciente del Estado contra la Iglesia; el Estado, propiamente hablando, no existia, pero estaba en gérmen en los municipios. En cuanto los municipios estuvieron constituidos,

(1) Véase el t. VI de mis *Estudios sobre la historia de la Humanidad*.

entraron en lucha con los clérigos. El poder real, apoyado por los legistas, acudió en su auxilio. La Iglesia defendió con tenacidad lo que ella llamaba su libertad; pero la libertad de la Iglesia era la servidumbre del Estado; los legistas tenian, pues, á su favor el mejor derecho; el genio de Roma pagana pudo más que Roma cristiana. La ruda guerra que los hombres de ley hicieron á las gentes de Iglesia versaba sobre la jurisdiccion y las inmunidades del clero. Al mismo tiempo todo su poder temporal sufría ataques. Desde el siglo XII *Arnoldo de Brescia* quiso reducir al clero á su mision religiosa y dar la soberanía al Estado. Pagó su temeridad con su sangre, pero de aquella sangre nacieron sus vengadores: la doctrina condenada por la Iglesia llegó á ser la creencia universal de la sociedad láica.

Tal era el estado del poder espiritual en el siglo XV. La Iglesia estaba en plena decadencia; ella misma consumió su ruina desgarrándose en un largo cisma. En la Edad Media habíase visto á los Papas intervenir para restablecer la paz entre los príncipes; en el siglo XV se vió á los príncipes dar la paz á la Iglesia, y, ¿dónde encontraron mayor resistencia? En la Iglesia misma; el clero estaba ciego como todos los poderes que declinan. Desde entónces la Iglesia dejó de dominar al Estado; la sociedad láica dominó á la sociedad religiosa.

No es, pues, la Reforma la que ha roto el poder espiritual; este poder estaba hecho jirones cuando los reformadores atacaron á la Babilonia romana. Prosiguieron la obra de los legistas, reemplazando la Iglesia con el Estado; dieron una fuerza inmensa al principio de nacionalidad, arrebatando á Roma la mitad de la Europa cristiana, y desarrollando el elemento individual que existe en la religion, como en todas las manifestaciones de la vida. Sin embargo, la emancipacion de la sociedad láica no fué completa. Quedó en la Iglesia, aún entre los protestantes, el prestigio de un poder espiritual llamado, no ya á dominar, sino á dirigir los destinos de los pueblos. Esto ha bastado para resucitar en nuestros días pretensiones que se creía habian quedado sepultadas en la tumba de la Edad Media. La Iglesia ha tratado de recobrar por medio de la educacion el poder que habia perdido. Vana tentativa condenada por la historia, esa voz de Dios. El catolicis-

mo absorbe al individuo y á las naciones, al paso que el movimiento de la civilizacion tiende á secularizar al individuo y á las naciones, dando á las naciones la soberanía y la independencia que Dios les ha concedido, y dando al individuo la libertad de accion compatible con la soberanía nacional. Independencia y soberanía de las naciones, libertad del pensamiento; hé aquí las grandes conquistas de la humanidad sobre la Iglesia. La gloria de la Reforma consiste en haber unido su nombre á estas victorias.

LIBRO PRIMERO.

LA REFORMA EN LA EDAD MEDIA.